

PEDAGOGÍA Y ORATORIA EN MARCO FABIO QUINTILIANO

POR

ANICETO GÓMEZ ESTEBAN

(Conclusión)

Conocimiento del educando

La Pedagogía Experimental única para la que algunos han reservado el apelativo de científica —con impropiedad manifiesta— tiene como pretensión fundamental el conocimiento de las aptitudes de los alumnos y hasta su medida, para lo cual han ideado una serie de reactivos llamados tests. Este abordar por vía científica experimental al sujeto específico de la educación es propósito moderno; rigurosamente considerado obra del siglo XIX pero es un lema que a partir del Renacimiento se convierte en tópico para todos los educadores y sólo después de Rousseau y la proclamación de la substantividad de la infancia, desechada la vieja teoría del homúnculo, adquiere el carácter científico aludido.

Nos admira en el retórico calagurritano —como otros afortunados aciertos— encontrar tratado el tema del conocimiento del educando con extraordinario interés, lo que me ha impulsado a ponerlo como título, para destacar esta preocupación, que desentrañada por Quintiliano, está hoy en plena vigencia sin más que mirada, según los progresos ideológicos, las nuevas perspectivas que ello presenta y los enormes adelantos en los medios de experimentación.

Explícitamente dice: «El maestro diestro encargado ya del niño lo primero de todo, *tantee* sus talentos e índole» (1) encerrando en la palabra «*tantee*» el sentido de prueba, experimento,

(1) L. I, cap. III, I, pág. 29.

ensayo sobre la índole y talento del alumno, sobre lo singular y propio. Y este sentido y propósito no es otro que el de la Pedagogía Experimental por lo que si buscamos orígenes y precursores, naturalmente lejanos, a esta ciencia, hemos de mencionar a Quintiliano, cuyas alusiones, están manifiestas.

Para él, la principal señal de talento en los niños, es la *memoria*, dato fehaciente de inteligencia, facilidad de adquisición y de retención, si bien no intenta decirnos que ella por sí sola denuncia privilegio intelectual, sino que es síntoma el más interesante y con mayor garantía.

La segunda habilidad que puede dar el criterio de un maestro sobre el niño, es la capacidad de *imitación*. De una y otra se tratará más adelante.

Este detenerse en tantear, en conocer la personalidad infantil apenas llegados a las manos del maestro, nos está hablando de una atención especial prestada al hallazgo y consideración de sus *diferencias individuales* en beneficio de la enseñanza. La Pedagogía Diferencial vinculada a la Psicología del mismo nombre (Stern) o Psicología individual (Binet y los franceses) o Psicología y Pedagogía especial (Meuman) no trata sino de las diferencias entre los hombres, esto es, lo que determina la personalidad. Es también una ciencia moderna como modernos son los autores que la titulan, y sin embargo sus problemas no lo son, desde el momento que la obra educativa ha de apoyarse para ser eficaz en esas diferencias que los educadores videntes pronto tuvieron en cuenta. Hay diferencias internas (hereditarias) y externas (ambientales), ambas repercuten en la enseñanza, pero las primeras, que tienen sus raíces en lo íntimo del ser, gozan para el estudio de mayor tradición que las ambientales.

A la diversidad infinita de personalidades y por tanto de ingenio y carácter, alude muy expresivamente diciendo: «En lo que hay tanta variedad, que no son los semblantes más diversos que lo son los ingenios» (1), tan variados como el estilo de los oradores, que aunque lo intenten nunca llegan a imitarse, con lo que la naturaleza sin caer en monotonía muestra así su admirable poder creador.

Y nos habla de la diversidad de alumnos; casi hace una introducción a la tipología discente, pero sin el rigorismo de las clasificaciones: los que no soportan la imposición exterior y se

(1) L. II, cap. IX, pág. 95.

enojan en seguida ante los mandatos; los pobres de ingenio, pero machacones y tenaces en el estudio si quieren sacar provecho; los que sorprenden con sus frutos inesperados; los indiferentes, en los que no causa efecto la disciplina. El rétor tiene a éstos especial temor y prefiere al niño sensible y con aspiraciones: «A mí denme un niño a quien mueva la alabanza, la gloria le estimule y que lllore cuando es vencido » (1).

El conocimiento del educando tiene por tanto su finalidad y no es la menos importante la de seleccionar el alumnado y de adaptar las materias a lo genuino del sujeto o seleccionar entre las materias las que le son idóneas. El retórico lo expresa también: «Por tanto pareció útil a los más enseñar a cada uno conforme a lo que pide su ingenio, ayudándole a aquello mismo a donde principalmente le llama la naturaleza » (2). O insiste en cuanto a la selección: «Porque ello es que debemos indagar la naturaleza de los talentos, y nadie negará que aún se debe hacer elección de los estudios en que deben emplearse » (3).

Rechaza los esfuerzos estériles en materias inadecuadas que son una lucha impotente contra la naturaleza oponiéndose a los cauces porque ella se inclina, mientras que rectamente dirigida por los caminos que indica, significa potenciarla y aprovechar por entero y con agrado su poder. Es un reafirmar el significado y cometido que la palabra educación lleva en su etimología, reafirmar su concepto de guía y conducción hacia el perfeccionamiento.

Únase a ello la indiferencia del alumno hacia aquello para lo que no está capacitado, y nos enfrentamos con los términos: vocación, interés. . . El interés atrae la atención, la vocación es a manera de atención continuada y sin atención no hay aprendizaje. Cabe mitigar lo problemático de situaciones tales en virtud de una metodología apropiada, pero nunca los progresos estarán en proporción con los que pueden lograrse con un mínimo esfuerzo en las ocupaciones para las que la naturaleza nos dotó generosamente.

Unos servirán para el estudio de la Historia, otros para la poesía, jurisprudencia..., etc., y en razón de estas aptitudes hemos de orientarlos. ¿Qué nueva ciencia nos sugiere esto? Sin duda estamos en lo que hoy se llama Orientación Profesio-

(1) L. I, cap. III, II, pág. 50.

(2) L. II, cap. IX, pág. 95.

(3) L. II, cap. IX, pág. 94.

nal. Los lemas que esta ciencia sigue son tales como «el hombre debido, en el lugar debido» que dicen los anglo-sajones, o «no todos los caminos son para todos los caminantes» como consideran los alemanes, tomando la frase del Olímpico. Tales pensamientos los ha bosquejado ya la antigüedad; Horacio destaca la inutilidad de esforzarse en lo que va contra las inclinaciones naturales; Cicerón proclama más lamentable la falta de ingenio que la de preceptos, y otros autores insisten que, en medio de tantos caminos, para ser grande y distinguirse, la naturaleza muestra a cada cual el suyo. Quintiliano no lo desconocía y da al pensamiento pleno sentido pedagógico; basta su ligazón con el rendimiento, con el interés, con la fatiga. Es por tanto el riojano precursor también de la Orientación Profesional, en cuya nueva ciencia hay un esfuerzo de justicia en el plano individual y de orden en sus preocupaciones colectivas.

El descubrimiento de las diferencias individuales lleva como mira poner al alumno como centro de la educación (paidocentrismo pedagógico) antes que poner en primer plano unas materias cerradas en rígidos esquemas lógicos; significa la supervisión de una escuela flexible en sus métodos y disposición de materias, comprensión de las mentalidades buscando la norma en el conocimiento del discente que dará la pauta en la educación.

Parece patrimonio de pensadores españoles esta preocupación; la vemos bien clara en Quintiliano y en Vives, consumada en Huarte de S. Juan que comparte con Münsterberg la paternidad de la Psicotecnia, y floreciente en Balmes: «Cuidado con trocar los papeles: de dos niños extraordinarios es muy posible que forméis dos hombres muy comunes. La golondrina y el águila se distinguen por la ligereza de sus alas y sin embargo jamás el águila pudiera volar a la manera de la golondrina, ni ésta imitar a la reina de las aves» (1).

En los ingenios limitados ha de ponerse doble interés en guiarles de acuerdo con su naturaleza, tienen menos posibilidades y hay que aprovecharlas en su totalidad, por lo que indica el rétor prescindir de todo lo superfluo y ceñirse a lo útil e idóneo; en cambio el bien dotado abarcará más diversidad de campos y su creciente curiosidad ha de nutrirse en muchas materias.

Finalmente señala como regla práctica la siguiente: «Dos cosas han de tenerse presente en esto: La primera el no poner-

(1) Balmes. *El Criterio*. tomo I, cap. III, III.

se a aquello que no puede lograrse; la segunda que no se le aparte a ninguno de aquello en que pueda ser sobresaliente para aplicarse a otra cosa a que no se siente inclinado » (1). Error semejante se comete obligando al alumno en aquello para lo que no tiene disposición que alejándole de lo que constituye su vocación y dispone de aptitudes.

Es necesario que el maestro conozca al alumno y a él se acomode; es maravilloso el interés y la insistencia con que Quintiliano trata el tema; lo hace de una forma moderna, es como un diálogo con la pedagogía de nuestros días y su intención coincide en esencia con la educación funcional o con la apreciación de la infancia que leemos en pedagogos contemporáneos. Dice así ensalzando la obligación de respeto a la infancia y acomodación a sus aptitudes por parte del maestro : « que se achique y acomode a la capacidad del discípulo; a la manera que un grande andarín si caminase con un niño, le daría la mano, acortaría el paso y no avanzaría más de lo que pudiese el compañero » (2). O bien en esta otra cita nótese la agudeza de su pensamiento : Porque a la manera que los vasos de boca angosta no reciben nada del licor que se les envía de golpe, pero se llenan cuando se les echa poco a poco y gota a gota, así ha de tener cuenta con lo que puede el talento de los niños porque si son cosas que exceden a su capacidad no aprenderán nada, como que no alcanzan a tanto » (3) proclamación magnífica de una estructura genuina y de unos límites cognoscitivos; de un sentido propio que pide trato especial; formulación indirecta y lejana de la substantividad infantil.

El buen orador necesita adquirir muchos conocimientos, estudiar *diversas materias*, polarizar su inteligencia en diversos sectores ¿es tal cosa posible? se pregunta Quintiliano. ¿Repugna a nuestra mente? ¿Radica la dificultad en la enseñanza? De hecho—dice—no falta la opinión de algunos en contra de tal posibilidad de estudiar diversas materias. Para ellos la variedad trae confusión a la sencilla inteligencia infantil, cansancio prematuro y agotamiento : « No advierten los tales—contesta el riojano—cuanto alcanza la capacidad del hombre cuyo ingenio es tan ágil, tan veloz, y para decirlo así, tan para todo, que no suele detenerse en una sola cosa aplicando su fuerza a muchas

(1) L. II, cap. IX, pág. 95.

(2) L. II, cap. III, pag. 75

(3) L. I, cap. II, II.

cosas, no digo en un mismo día, pero aún en un mismo momento » (1).

De la misma manera que el tocador de cítara utiliza y pone cuidado al mismo tiempo en los sonidos y atiende a la memoria y llega a disciplinar todo su cuerpo, así también en los estudios puede atenderse a varias materias: « Mucho más cuando la misma variedad divierte y rehace el ánimo, siendo más dificultoso el aplicarse a una sola cosa... » « La variedad le servirá de recreo, como acaece con las viandas, que siendo diversas alimentan pero sin fastidio » (2).

En el fondo de la cuestión está una fuerte razón psicológica que no es sino el poliideismo como estado normal de la mente humana. La vida se sucede y sus impresiones cruzan nuestra mente porque la vida es algo fluyente y dinámico. El monoi-deismo representa una paralización en la compleja psiquis y es un caso patológico de atención concéntrica deslumbrada por una idea.

El hombre puede atender a múltiples cosas, la atención poliideética es un estado natural. Y tal es la profunda razón psicológica que a Quintiliano le asiste y el fundamento científico de su teoría aunque él no pretende tal fundamentación.

En el niño se acentúa el poliideismo, su atención es dispersa y espontánea (la voluntad es débil y lábil) como consecuencia de una educación iniciante; es la variedad lo que le agrada, rechaza la quietud en determinada idea o materia a no ser que la habilidad del educador aproveche sus intereses naturales para frenar el dinamismo. La diversidad de estudios—proclama Quintiliano—es natural, como el labrador cultiva la viña y el frutal, el rebaño y la colmena, como nuestros días se distribuyen en recreo y trabajo, como estudiamos Gramática y Geometría, Latín y Griego..., todo es capaz de atenderse sin que existan barreras infranqueables porque son muchas las posibilidades humanas. El ritmo vital del niño halla goce en este dinamismo de acuerdo con su extraversion y también en el hombre con su madura inteligencia polifacética.

Oportunidad es un interesante lema pedagógico, el desarrollo infantil da la ocasión para ir insertándole nuevos conocimientos y emplearle en actividades diversas. Se ha dado en llamar con propiedad « emergencia de aptitudes ». Cultivar una

(1) L. I, cap. XI, pág. 60.

(2) L. I, cap. XI, pág. 61.

aptitud antes de aparecer es valdío, no cultivarla una vez aparecida es su muerte, cual órgano que no se aplica a su función, llega a atrofiarse y los esfuerzos tardíos sólo logran un débil despertar. Adelanto y retraso ofrecen peligros semejantes, el resorte pedagógico, decimos, es oportunidad: «Prueba de esto es, que sin que se le apriete a los niños en dos años, luego que comienzan a pronunciar bien, hablan de todo, pero los esclavos recién comprados ¿cuántos años gastan y cuánta repugnancia no les cuesta aprender el latín? Si tomas a tu cargo el enseñar a un adulto, entonces conocerás que aquél sabe bien el arte a que se dedicó, que lo aprendió desde niño» (1). Ejemplo patente de su lamentable estado a que conduce el abandono de una aptitud es la dificultad de educación del analfabeto. Cuando la aptitud está floreciente: «Sigue con facilidad al que los enseña y no disciernen lo que es trabajo. Finalmente como tengo experimentado, menos sensación les hace trabajar con los sentidos que con el discurso» (2), con lo que afirma el predominio de la vida sensitiva frente a la pobreza de abstracción y la extroversión de la infancia sobre la reflexión terminando el libro primero recomendando el aprovechamiento del período infantil con todas sus ventajas y oportunidades.

No es de extrañar que recomiende la *educación temprana* discrepando en su sentir con Hesiodo y Eratóstenes que no la admiten hasta después de siete años: «Mejor fundados van los que quieren que ninguna edad esté ociosa, como Crisypo; pues aunque concede tres años para el cuidado de las ayas, pero para eso dice que éstas deben ir formando el entendimiento del niño con los mejores conocimientos» (3).

Claro que no le pasa desapercibido que más tarde en un año pueda adelantar lo que ahora en tres, pero pretende que el niño vaya aprendiendo una serie de «menudencias» para ganar tiempo, con lo cual llevará ventaja, además que estos primeros rudimentos dependen casi por entero de la memoria y el niño la tiene excelente.

No se le exigirá un trabajo formal que le haría odioso el estudio: «Esto ha de ser como cosa de juego, ruéguesele al niño, alábesele y a las veces alégresele de lo que sabe» (4) y, utilídense premios y competencias para estimularle; así apren-

(1) L. I. cap. XI, pág. 62.

(2) Ibidem.

(3) L. I. cap. I, IV, pág. 15.

(4) Ibidem.

derá esas cosas pequeñas, menudencias imprescindibles pero exclusivas en el cuerpo tierno y en el ánimo flexible que por ello se quedan sin dificultad.

Quiere un aprendizaje sin prisas, con repeticiones frecuentes, fijando bien los principios y seleccionándolos mucho. De ahí la alta importancia que da a las *primeras impresiones* que dejan huella imborrable en la plástica mentalidad del infante: « Porque naturalmente conservamos lo que aprendimos en los primeros años como las vasijas nuevas el primer olor del licor que recibieron y a la manera que no se puede desteñir el primer color de las lanas » (1). Lo malo, además, se imprime mejor y con más fuerza que lo bueno: « y no es fácil en los niños hacerles mudar de rumbo y desimpresionarlos de las opiniones en que les imbuyeron, porque no hay ninguno que quiera antes olvidar lo que aprendió, que aprender de nuevo » (2).

Una clase de alumno señala Quintiliano con especial precaución e interés ya que es modelo engañoso que tras llenarnos de esperanza proporcione después un fracaso tanto más doloroso cuanto más lisonjeros resultados se esperaban: Es el *niño precoz*. Se liga este problema con el de la permanencia de las aptitudes y viene a constituir una excepción o apartado especial.

La precocidad es fruta anticipada que nunca llega a sazonar y el retórico pone en guardia contra las falsas apariencias que cual semillas superficiales que nacen pronto dejan a la intemperie sus frutos tiernos incapaces de resistir las adversidades de que su anticipación ha de rodearles, se agotan sin granar y no dejan sino esa fugaz satisfacción de los triunfos prematuros que pronto se torna en indiferencia, amarga por desconocida: « Atrévase a mucho esta primera edad, invente y alégrese de lo que haya inventado aunque sean cosas de poco vigor y sustancia. Para la lozanía hay remedio, mas no para la esterilidad. Pocas esperanzas podremos fundar en un niño, a cuyo ingenio se anticipa el juicio » (3). No gusta del mosto que en el mismo lugar toma sabor de vino, ni del niño que presenta facultades de hombre; el que se adelanta mucho en el estudio termina por aborrecerle y son como árboles tiernos que necesitados de poda ni aún resisten el corte de la tijera.

Por el contrario *el juego* es la manifestación natural, señal

(1) L. I, cap. I, II, pág. 12.

(2) L. III, cap. I, I, pág. 138.

(3) L. II, cap. IV, I, pág. 16.

de salud y ocasión incomparable de conocimiento del niño : « Descubren también en ellos sus inclinaciones para que sepamos que no hay edad tan tierna que no aprenda al punto lo que es bueno y malo y que entonces se le ha de ir formando, cuando no sabiendo fingir nuestra docilidad para aprender » (1).

La *disciplina* viene de acuerdo a sus principios pedagógicos y a su concepción psicológica del niño. La disciplina es cuestión batalladora en Pedagogía, puesto que es el mismo problema jurídico que la sociedad tiene planteado siempre. ¿Libertad, control, guía, sometimiento absoluto...? Quintiliano rechaza de plano el castigo corporal como cosa de esclavos, de gentes de mal gusto que excitando el furor y la ira da ocasión al lenguaje libertino. En las escuelas sin embargo era corriente, usábase el látigo y hasta hubo quien se hizo famoso por su destreza en el manejo de tan degradantes utensilios, como aquel Orbilio, maestro de Horacio, que ha dado nombre al orbilianismo.

«El azotar a los discípulos, aunque esté recibido por la costumbre y Crysipo no lo desapueba, de ninguna manera lo tengo por conveniente» (2). Es propicio al abuso en los hombres de inclinaciones perversas, inferior en valor pedagógico a la reprensión, su violencia es perjudicial en el joven cuanto más en el niño, ha de ser sustituido por un mayor cuidado del maestro en las exigencias de la tarea.

Este criterio benévolo está de acuerdo con su optimismo educativo ya tratado en páginas anteriores.

El conocimiento de virtudes y vicios completan, entre otras cosas, el imperativo pedagógico que Quintiliano formula y que tiene una transcendencia sin igual en la obra educativa. Por él se ha llegado a una interacción perfecta en la que cabe entre el maestro, el niño y la materia de estudio, consiguiéndose un notable progreso en lo que a ella se refiere; ha originado una nueva organización escolar (clases paralelas, clases especiales, escuelas especiales...) y un acercamiento al verdadero sentir de la infancia.

E d u c a c i ó n

La educación del orador empieza desde la misma cuna. Hemos visto ya como Quintiliano gusta de la instrucción tem-

(1) L. I, cap. III, III, pág. 31.

(2) L. I, cap. III, IV, pág. 31.

prana y la importancia que da a las primeras impresiones. Tiene por ello que mirar con sumo interés el ambiente y las personas que van a rodear al niño en estos primeros años de su vida y de ahí su insistencia en la transcendencia de la elección de las ayas que han de cuidarle, muy especialmente, procurando aquellas cuya conversación no sea defectuosa, porque dada la tendencia imitativa del niño se quedaría con todos los defectos, tanto más tenaces por ser los primeros. Ayos, ayas y toda la compañía del niño tienen que ser excelentes y de lo contrario pide la presencia de un maestro encargado de corregir la pronunciación del alumno, si bien sólo será preciso en el caso de ayas defectuosas.

Naturalmente Quintiliano busca el futuro orador y por ello encontramos una atención especial en todo lo que se refiere al lenguaje.

El niño aprenderá el griego antes que el latín, si bien los métodos de enseñanza son iguales en ambas gramáticas, puesto que el latín lo aprenderá de todas las formas por necesidad social, anticipa el griego para así poderlos llevar enseguida a la par y complementarse mutuamente.

Desde estos primeros pasos se pone en guardia contra el verbalismo, la experiencia de las faltas en la oratoria parece proyectarse en este afán previsor y para remediarle propone métodos intuitivos para la enseñanza de las letras, uniendo para siempre res y verba. «Por tanto se les enseñará a conocer su figura y nombre como conocen a las personas» (1). El niño hallará el placer en manejar aquellas letras de marfil, jugar con ellas y señalar su figura al pronunciar su nombre: esto es, poner la intuición ya en el fundamento de la educación, dándole carácter realista y correlacionando objeto y signo.

Recomienda lentitud en la escritura, no permitiendo que se abandone hasta que no lea con la perfección necesaria; abundancia de descansos, pero sin llegar al ocio excesivo al que pudiera habituarse.

Aprovechar los impulsos: «El deseo de aprender depende de la voluntad, donde no cabe violencia» (2). Propone ejercicios complicados, palabras difíciles, trabalenguas..., hasta llegar a una dicción abundante y fácil, al menos no defectuosa.

Abundaban en las escuelas romanas los métodos memoris-

(1) L. I, cap. V, l, pág. 17.

(2) L. I, cap. III, V, pág. 31.

ficos, la disciplina severa y el verbalismo sin sentido. La escritura se verificaba recorriendo el alumno con un estilete los contornos de los escritos de su tabla y luego de aprendidos una vez afirmado el pulso, los repetía en pergamino. Eran ejercicios preparatorios muy empleados.

En aritmética aprendía a contar con bolas y objetos y hacía ejercicios mentales.

Dicción, lectura, escritura y cálculo era la base de la enseñanza elemental, de carácter familiar, desde luego, al menos hasta la conquista de Grecia. Después aumentan las escuelas elementales o del *litterator* o *ludi-magister*, cogían al niño a los siete años — siete a doce — y fueron abundantes, estaban al aire libre o en casas privadas, los maestros casi siempre eran esclavos y ni ellos ni sus escuelas gozaron de consideración y aprecio grande. Como puede verse, también en Roma la escuela nace con denominación semejante en su sentido a Grecia: *ludus*, juego, lo que se hace sin esfuerzo equivale al ocio de los griegos.

Con gran detalle y propiedad nos habla Quintiliano de las escuelas del *litteratus* o *grammaticus*, las hubo de gramática griega y de latina, fueron de sostenimiento público y con carácter permanente en todas las ciudades. A ellas va el niño que sabe leer y escribir para continuar su formación estudiando la gramática.

Inicia el refinamiento del idioma: En el hablar incluye Quintiliano el escribir y en la explicación de los escritores incluye lectura y crítica. Tres notas esenciales pone en el lenguaje del orador: corrección, claridad y elegancia. El gramático necesita ya una buena elocuencia.

En la selección de vocablos atenderá a un criterio racional, según la analogía y etimología; a la autoridad de los autores; a la antigüedad, pero procurando el uso moderado para que no resulte excesivamente arcaico, y a la costumbre o uso: « La costumbre es la maestra más segura de hablar y hemos de usar de las voces como de la moneda, que sólo es corriente la que tiene el cuño del día » (1); entendiendo por costumbre el consentimiento de los sabios que equivale al consentimiento de los buenos. De las palabras nuevas preferirá las más antiguas y del léxico antiguo lo más nuevo.

La práctica de la lectura tiene que ser constante, indicando

(1) L. I, cap. IV, III, pág. 35.

en los ejercicios correspondientes el lugar de las pausas, el tono de voz, siempre varonil, la comprensión de lo leído, que sugerirá el tono sentimental conveniente; critica las musiquillas y entonaciones raras con cuyo motivo cita las palabras atribuidas a César: «De este modo de leer dicen habló César, siendo aún niño cuando dijo: si cantas, cantas mal, si lees cantas» (1).

Recomienda la lectura de Homero y Virgilio; lo épico y noble dilatará el espíritu infantil; la comedia, siempre que no hiera las costumbres; los líricos y trágicos..., etc. A Horacio en cambio no le considera escritor apropiado para la infancia ya que: «debe leer sobre todo lo que fomenta el ingenio y aumente las ideas, para lo demás que sirve a la erudición, les queda mucho tienpo» (2).

Se plantea el problema de elección y selección entre los antiguos y modernos; en general los poetas latinos son más útiles por su ingenio que por su arte y los antiguos son más correctos en el lenguaje mientras los modernos destellan por su pensamiento aunque peor expresado. Quiere que se tenga fe en los grandes oradores que con sus citas nos informan de los escritores antiguos: «Los cuales—dice—acarrear no poca utilidad cuando se prueba el asunto con sentencias tuyas como con ciertos testimonios. Aunque aquello primero toca más a los niños y lo segundo a los adultos; como quiera que se deban tener afición a la gramática y lectura, no sólo mientras están en la escuela, sino por toda la vida» (3).

A través de las explicaciones de los poetas que hará con delicadeza y no con ridículas fábulas «por donde una de las cualidades del buen gramático es ignorar algunas cosas»—le informará de las voces, tropos y figuras, licencias poéticas, economía del discurso..., etc.

Resúmese por tanto la enseñanza de la gramática en gramática metódica, de enseñar a hablar y gramática histórica o explicación de autores por su interés literario e histórico y tras estas dos partes gramaticales, nociones preliminares de retórica o principios de estilo, que los gramáticos aprovecharon excesivamente.

En escritura, cuidar la ortografía o ciencia de escribir bien, pensamientos morales como modelo, o fábulas sencillas como

(1) L. I, cap. V, pág. 38.

(2) L. I, cap. V, pág. 39.

(3) L. I, cap. V, pág. 40.

las de Esopo que se dirían continuación de los cuentos de la nodriza; sentencias y narraciones célebres.

Todas estas son informaciones que Quintiliano nos da sobre la labor que se realizaba en las escuelas de gramática; su utilidad, por tanto, es grande y quiero destacar el planteamiento que Quintiliano se hace del problema tan de todas las épocas, —sin exceptuar la nuestra,—cual es el del libro de texto escolar. ¿Qué libros, qué autores, qué estilos..., interesan más a la escuela? Al hecho de este planteo en cuestión, ya de por sí de alto interés pedagógico, se une su labor crítica de antiguos y modernos y las acertadas sugerencias en torno al tema.

Así reúne Quintiliano, con su preocupación preceptista, las reglas comunes de hablar, leer y escribir bien, que como cimientos imprescindibles ha de poseer el orador para lograr la elocuencia: «en la que si no se echaran firmes cimientos, el que ha de ser orador cuanto sobre ello edifique irá en falso» (1).

Pero necesita además el conocimiento de otras artes antes de pasar a la retórica «para ir siguiendo aquella carrera de estudios que llaman enciclopedia», porque dichas artes hacen que la elocuencia sea perfecta aunque por sí solas no concedan tal perfección siendo ayuda y participación de la que no se puede prescindir. Este criterio formalista hace pensar en el concepto de transferencia en cuanto a fortificación de la inteligencia por el ejercicio en lugar de limitarle a los conocimientos de inmediata utilización; favorece el incremento, a la vez, de lo que viene considerándose como cultura general con influencia indudable sobre la instrucción en materias particulares. Ello dará resultado positivo en beneficio de la elocuencia. «Aun las abejas forman de diversas flores y jugos aquel sabor de miel que no alcanzan todos los entendimientos humanos» (2). Así el incremento que cada una de las ciencias y artes prestan a la perfección de la elocuencia, lo hacen imprescindible.

Obsérvese una visión del humanismo y de la educación formal ampliando el estrecho horizonte del profesionalismo y la instrucción utilitaria y pobre del que se queda sin ejercitar la inteligencia general para limitarse a una parcela del saber.

Las diversas materias que debe estudiar, sin que haya impedimento psicológico de hacerlo como quedó demostrado, son: Música, que es un excelente medio de educar la voz tan necesari-

(1) L. I, cap. IV, pág. 34.

(2) L. I, cap. VII, pág. 45.

ría al orador; pero no la música teatral y afeminada, sino la que sirve para celebrar a los héroes porque mueve las grandes pasiones. ¿Acaso no hay música también en los poetas líricos? Los antiguos ya fueron partidarios de la música y comprendieron su poder, como Orfeo que con ella dominaba hasta las fieras; los filósofos la cultivaron también (Pitágoras, Sócrates, Platón) y los grandes conquistadores..

La antigüedad celebraba al son de la cítara sus grandes solemnidades y equipararon a los músicos con los poetas y sabios. La armonía, el tono y el ritmo tienen que ver con la oratoria, aumenta la vivacidad y ayuda en el acento y altura que ha de usarse y así recuerda a Graco, que mientras estaba perorando, un músico con una flautita le apuntaba los tonos que le convenía emplear.

También hace discurrir con mayor actividad la Geometría, así que es buena para el niño como ejercicio de ingenio, pues descubre lo falso que aparezca como verdadero y hasta aspira a formular una razón del mundo. Además hay pleitos sobre medida y límites y esto cae de lleno en la geometría, además de un sentido de orden necesario en toda peroración. La geometría deduce y al hacerlo ejercita la razón; es pues necesaria al orador. Y lo es también la Aritmética y la Astronomía y la Filosofía; todas ellas darán como resultante el orador perfecto.

* * *

A los quince años el niño romano dejaba la toga *praetesta* y tomaba la *virilis*, a la vez abandonaba la escuela del *grammaticus* y decidía su porvenir. Si su vocación y aptitudes le llevaban a una carrera pública, pasaba entonces para completar su formación a las escuelas del *rhetoricus* que era la adecuada para dar una preparación enfocada hacia los negocios públicos. Las escuelas de retórica a las que asistían los hijos de los patricios y elevadas jerarquías de Roma, tuvieron una extensa influencia tanto por el número que llegaron a alcanzar cuanto por darse en ellas la enseñanza medular de las aspiraciones romanas y estar patrocinadas por la misma nobleza.

Lo mismo que de las anteriores, Quintiliano nos informa de la enseñanza que se daba en las escuelas de retórica y se lamenta de la perniciosa costumbre impuesta de no enviar a ellas la juventud hasta edad muy avanzada. Ocurría que las

escuelas de gramática ampliando en extremo su verdadera función, abordaban materias de retórica en lugar de respetar lo que pertenecía específicamente a los maestros de elocuencia. El retórico riojano no ve con gusto tal extralimitación, deseando asignar a cada facultad las materias que le corresponden y defendiendo el propio honor de los retóricos entre los cuales se contaba. Había llegado a creerse que el niño necesitaba saber ya declamar cuando pasase a las escuelas de retórica, influyó quizá en ello el tenerse más en cuenta la edad, sin duda excesiva, asignada para el paso a dichas escuelas. Quintiliano prefiere que se tomen más como norma los conocimientos previos que le son precisos, y, que una vez adquiridos, abandone la gramática.

Achaca también la culpa a los mismos retóricos que abandonando su oficio iban siendo sustituidos por gramáticos, quienes se atrevían a interpretar poetas e historiadores y a introducirse en la elocuencia. Pero si acaso el gramático abundase en conocimientos de retórica y llegase a dar clases, colige sensatamente Quintiliano, que se ha convertido en retórico pues predomina esta nueva ciencia, la elocuencia o fuerza en el decir, que nunca puede perder jurisdicción.

Siguiendo su norma de conocimiento del educando, el maestro de retórica empezará por examinar de todo al nuevo alumno para enterarse de su formación, carácter y aptitudes y a continuación empezarán los primeros ejercicios en la materia, que han de tener al principio semejanza con lo que practicaron en la escuela de gramática. Pondrá narraciones históricas de gran fuerza real y hará sus lecciones ordenadas y concisas con criterio tolerante en estos primeros ensayos del muchacho «porque a los niños ni se les debe pedir, ni esperar de ellos nada perfecto; y así más vale que manifiesten un esfuerzo generoso y que a veces discurran y hablen más de lo que se les pide» (1). En lo espectacular de la oratoria es natural que la vanidad juvenil asome a través de un estilo más pomposo y florido que sólido. Pero esa misma satisfacción del logro trae el gusto por el ejercicio (ley del éxito) y es ese mismo ejercicio y la edad con su experiencia, quien, cercenando la supérflua afluencia verbal, vigorice el estilo y las ideas. Por eso añade: «Y aun quisiera que los maestros, a la manera de las amas de leche, traten a los entendimientos tiernos con algo más de re-

(1) L. II, cap. IV, 1, pág. 16.

galo, digámoslo así, y no lleven a mal el hastiarlos de leche de una enseñanza gustosa» (1).

Esta libertad concedida al educando no le presenta tal y como es, con toda la fuerza de lo espontáneo, evita la timidez y fortifica su juicio y autodomínio.

El maestro le estimulará con su oratoria: «Por donde debe huirse tanto de un maestro sin palabras y sin explicación, cuanto de terreno seco y árido para las plantas tiernas» (2).

Con los alumnos adultos la exigencia del maestro aumentará; formará su ánimo mediante la crítica moral de autores, elogiando a los virtuosos y aplicando a los otros sus censuras. Un alumno leerá mientras escuchan los otros, después apreciarán la energía o debilidad de su estilo y levantando el criterio sobre ello le tomarán como punto de referencia para imitar o alejarse de su forma e ideas.

Vuelve a tratar la cuestión de libros: ¿qué autores leerá el niño? «Yo soy de opinión que desde el principio y siempre deben leerse los mejores con tal que sean de la mayor pureza y claridad» (3); ni quedarse sólo en los antiguos ni reducido por el estilo florido de los modernos: lo mismo los Gracos y Catón, Tito Livio o Cicerón... Cuando aprendan a imitarlos se les dejará al fin seguir sin la ayuda del maestro para ponerlos en situación de discurrir. Aprenderán trozos de memoria que les sirvan para hacer citas con facilidad en los discursos.

Quintiliano desea el contacto del futuro orador con las contiendas diarias del foro, ataca la irrealidad de los asuntos discutidos en las escuelas y propugna la necesidad de vivificar la retórica. «La labor de la escuela—dice Monroe—la constituyan en su mayor parte la declamación y el debate. Los tópicos que servían de asunto para el debate son mencionados especialmente por los escritores satíricos. Entre tales temas se encuentran los siguientes: ¿Fué vindicado Aníbal por haberse detenido ante los muros de Roma? ¿Fué libertado un esclavo a quien su amo le había colgado del cuello una medalla (la *bull*a usada sólo por los romanos) para que la pasase de contrabando por la frontera, cuando llegó a Roma llevando esta insignia de libertad...? Estos y análogos problemas referentes a las leyes romanas o a los principios morales fueron la piedra de toque de

(1) L. II, cap. IV, 1, pág. 16.

(2) L. II, cap. IV, 1, pág. 77.

(3) L. II, cap. VI, 1, pág. 87.

sus agudezas retóricas» (1). Contra estas discusiones va el rétor, contra los tópicos y los criterios estrechos, contra la sofística dominante que inmoralizaba la oratoria.

Pretende una renovación en las escuelas de retórica, sobre todo en lo referente a métodos.

Retórica es la ciencia del bien decir; hay que distinguir en ella, según Quintiliano, la parte que se refiere a las reglas y preceptos necesarios al arte y susceptibles de aprendizaje.

No es extraño acusarle de tecnicismo árido; él mismo está consciente de que su lectura puede resultar aburrida y contra ello su ingenio se esfuerza en dar vida a la frialdad de los preceptos, exponiendo en forma sugestiva con gusto y elegancia, huyendo de la afectación de su época y mirando con veneración a sus grandes maestros: Cicerón, Livio, Horacio, Virgilio... Sin embargo no olvidemos que a fin de cuentas es un hombre de la época y que aunque reaccione en contra, está inmerso en ella. Cicerón, el supremo maestro, ha quedado lejos y la lengua, que ha evolucionado, ya no cristaliza en la hermosa oratoria del acusador de Catilina.

Se recargan las tintas al atacar a Séneca como representante del estilo retorcido y preciosista; pero el mismo Quintiliano está más próximo a él, que a la oratoria ciceroniana.

Quintiliano lamenta y llora la decadencia oratoria pero a la vez lucha por purificar el estilo según los métodos clásicos, señala las causas de postración y los remedios para dignificar de nuevo el idioma. La decadencia se proyecta en la deficiencia de las escuelas y esta deficiencia impide toda regeneración; es en su esencia un problema educativo, es una afirmación de la confianza que tiene en el poder de la educación, pues que la ve como faro y esperanza de renovar la oratoria.

En el *Diálogo de las causas de la corrupción de la elocuencia*, más conocido por *Diálogo de los oradores*, las ideas se concretan y ordenan. Es el sentir de Quintiliano, aunque se discuta su paternidad que parece incuestionable después de los trabajos de Lipsio, Menage, Stéfano, Menéndez y Pelayo... Por boca de Mesale, acierta a señalar como motivo de su fase declinante, los vicios de la educación, la torpeza de los maestros y la degeneración de las costumbres. Evoca con pesadumbre la caída de la educación antigua, cuando el hijo era atendido

(1) Paul Monroe. *Historia de la Pedagogía*. Espasa-Calpe, Madrid. Cap. IV, pág. 277.

por el propio padre en el hogar romano modelo de honestidad, recuerda la sencillez y pureza de aquella instrucción, la modestia de los juegos infantiles, el respeto y veneración por el *pater familias*...; censura la sustitución de la influencia paterna por esclavos viciados y la materna por nodrizas mercenarias y esclavas griegas inmorales que contagian su corrupción a los niños.

Los preceptores son interesados y torpes con absurdos métodos de enseñanza que alejan las lecciones de todo lo real, aduladores y descarados.

Antiguamente la juventud aprendía la auténtica elocuencia en la propia casa de los más ilustres oradores y ahora van a censurables escuelas.

Junto a estas razones francamente pedagógicas, hay un motivo político finamente insinuado: el cambio de la república romana, en imperio.

Con la república, cae también la elocuencia política que era la característica de Roma; la brillantez y audacia de Cicerón o Graco no volverá a darse y como ligera manifestación de la buena elocuencia queda la judicial. El senado se pliega a la autoridad suprema del César, la abogacía como profesión sustituye a la oratoria, la pérdida de la libertad política deja al foro silencioso.

Sin embargo, aparte de este motivo, una mayor parte de los males los atribuye exclusivamente a los defectos en la educación, que quiere renovar desde los cimientos.

* * *

Imitación y memoria son acertadamente tratadas por Quintiliano para la educación del orador: *la imitación* como método pedagógico, es recomendada por el rétor con insistente interés porque contiene en sí una gran parte del arte: «pues así como lo primero fué inventar y esto es lo principal, así también es cosa útil imitar lo que hay bien inventado y es tal la condición de toda la vida que deseamos hacer nosotros mismos aquello que nos parece bien en otro»; (1) por donde imitar es aprovechar los aciertos y experiencia de los demás, lo cual se hace instintivamente, por lo que psicológicamente pertenece al dominio del impulso. Por la imitación nos posesionamos de lo que

(1) L. X, cap. II, 1, pág. 177.

es del dominio ajeno, recogemos las soluciones con que nuestros semejantes salieron de determinadas situaciones que vuelven a plantearse en nosotros.

En Roma se usó mucho la imitación, los protagonistas de su historia, el estilo de sus oradores, son puesto como modelos eternos a los que es preciso imitar. Estos modelos se caracterizan por su realismo, no son dioses ni semidioses, sino seres reales y concretos, cuya vida se conoce y se localiza en el tiempo y en el espacio, son hombres que si se distinguieron de los demás fué por sus destacadas virtudes y de ello se valen para la formación del carácter de la juventud y por ello de la moralidad: « Porque cuanta es la abundancia que los griegos tienen de preceptos, tanta es la que los romanos tienen de ejemplos, lo que es de más importancia » (1).

Pero la imitación tiene sus límites por sí sola, es hasta perjudicial y con ella no progresaría la oratoria desde el momento que no se dió nunca el orador perfecto, la imitación servil sería el estancamiento en los mismos defectos. El verdadero sentido de la imitación es que lleve a la creación, esto es, a la superación de lo imitado. Detenerse perennemente en formas logradas es no atender a la perfectibilidad humana, lo que supone un retroceso y además: « Ninguno puede igualar a aquel en cuyas huellas cree que debe ir poniendo los pies, porque preciso es que vaya detrás el que sigue a otro » (2).

No se llega con la imitación ni a un plano de igualdad, con lo que se imita, como todo fingido es inferior a lo verdadero, como el retrato es inferior al original, o la sombra lo es al cuerpo que la proyecta; y es que aquello que imitamos tiene su esencia intransferible que en vano pretendemos arrebatar, por ejemplo en el orador; el ingenio y la inventiva, lo que está más allá de lo que el arte puede enseñar lo más personal y de mayor mérito, eso precisamente es inimitable.

Dos cosas quiere Quintiliano que se tengan en cuenta para la imitación: 1.º El autor que merece ser imitado o qué es lo que deba imitarse. 2.º Una vez elegido aquella parte que nos interesa, no confundir lo grande con lo grandioso, ni lo conciso con lo insustancial.

Ha de regir un criterio de selección, para lo cual se requiere el conocimiento de una diversidad, «por lo que siéndole casi

(1) L. XII, cap. II, III, pág. 307.

(2) L. X, cap. II, I, pág. 179.

negado al hombre el imitar enteramente al autor que ha escogido, pongamos delante de nuestros ojos lo bueno que hay en muchos, para que lo uno haga unión con lo otro y lo acomodemos a lo que cada cosa convenga (1). La imitación será, no sólo de palabras, sino de ideas, afectos, objetos, fuerza argumental, más todo ello rigurosamente depurado.

También la *memoria* es un don de la naturaleza y como todas las facultades puede aumentarse por el ejercicio. A ella dedica Quintiliano el capítulo segundo del libro once; pero ya en el libro primero expuso ideas interesantes sobre la memoria en la infancia. « La memoria es muy conducente al orador y ésta se cultiva y afirma con el ejercicio. Y en las edades de que vamos hablando en que el niño no puede inventar nada, es la única manera de ingenio que puede sacar algún provecho del cuidado del maestro » (2).

Importancia de la memoria es como el alma de todas las facultades y no sin razón se le llama el tesoro de la elocuencia. El orador necesita una retentiva firme y rápida, fiel y tenaz; sin ella sería imposible el dinamismo mental preciso para emitir ideas ordenadas.

Le maravilla el mecanismo nemotécnico y busca una explicación el recuerdo puro como reproducción mental de objetos ausentes: « Los más son de opinión que en nuestra alma se imprimen ciertas señales, a la manera que en la cera se conservan los sellos de los anillos » (3). Pero se detiene ante el misterio de lo espiritual, que separa la percepción y la memoria como dos cosas de naturaleza distinta.

Para la mejor utilización de la memoria propone diversos recursos fundamentados en las leyes de asociación: « Y esta es la dificultad primera, que la memoria no se quede parada en el encuentro de las ideas. Porque más firme debe ser la memoria que ayuda a otra memoria » (4). Habla de la necesidad de repetición y fragmentación de las oraciones largas para evitar la fatiga; mas haciendo un número pequeño de partes, fijar señales que exciten imágenes completas, la etimología de los nombres, para recordar por el significado a ellos y sus compuestos, el estudio en voz baja (memoria visual), la atención y voluntad de aprender: « Pero a excepción del ejercicio que es lo mejor de

(1) L. X, cap. II, III, pág. 185.

(2) L. I, cap. I, V, pág. 20.

(3) L. XI, cap. II, I, pág. 257.

(4) L. XI, cap. II, III, pág. 240.

todo, casi sola la división y la composición contribuyen mucho para aprender lo que hemos escrito y retener en la memoria lo que pensamos » (1).

Con ello separa la memoria verbal de la lógica, pues los recursos nemotécnicos que propone tienden a racionalizar el aprendizaje memorístico. Recomienda el cultivo de la memoria en los niños, empezando por cosas sencillas y agradables—ley del éxito—ensayándose primero en los poetas, luego en los oradores y por último, en los jurisconsultos. Dejar lapsos intermedios, mejor que largas jornadas y repeticiones frecuentes, dando mucha importancia al esfuerzo como raíz del aprendizaje, seguro y permanente: « No es maravilla que se queden más impresas en el alma aquellas cosas que tardaron más tiempo en imprimirse » (2). Y tras de destacar de nuevo la memoria en el orador y citar casos extraordinarios de la misma termina el capítulo.

Marco Fabio Quintiliano es uno de tantos españoles que triunfan por su ingenio en la gran urbe romana. La cuestión de su patria está francamente resuelta gracias a los datos que nos proporcionan San Jerónimo, Ausonio, Nicolás Antonio y como se lee en el código de Eusebio Cesarensis y en las razones del P. Flórez, contra los argumentos de un Lorenzo Valla, Dodwell, Nisard... etc. No así el problema de la fecha en que Calahorra le vió nacer; Dodwell, supone lo más tarde el 42; Dolc, pone como límites del 36 al 46 de J. C. y pocos son los que la anticipan al 35. La misma incertidumbre rodea la fecha de su muerte que debió acaecer el 95 ó 96 en reinado de Domiciano; pero otros la retrasan hasta el 118 ó 120 con Adriano.

Parece coincidirse que en octubre del 68 (S. Jerónimo, Ausonio), al ser nombrado Galba emperador, Quintiliano marcha a Roma después de haber pasado en su patria una etapa de ocho años. Es esta fecha de su regreso a Roma el único punto de referencia con alguna garantía.

Sabemos muy poco de su juventud; que muy joven fué llevado a Roma por su padre —un retórico a quien alude Séneca el Viejo— en el tiempo de Claudio. Allí completa la formación iniciada en su ciudad natal, teniendo por maestros de gramática a algunos tan famosos como Q. Reminio, Plemón y de retórica como Domitio Afro y escuchó la elocuencia de un Servilio No-

(1) L. XI, cap. II, V, pág. 245.

(2) L. XI, cap. II, pág. 247.

niano, Julio Africano... etc. Sabemos que asistía a las reuniones de los oradores y hombres culminantes de su tiempo; que se deleitaba con la lectura de los clásicos y con los torneos de elocuencia en el foro.

Pronto se distinguió y según Dodwell en la escuela de retórica se hizo ya famoso con sus declamaciones o discursos, hasta el punto que —y esto lo dice él mismo— llegaron a circular escritos falsos con su nombre, pues que tal cosa les acreditaba.

Esta fama hizo que Galba, al ser nombrado por Nerón próconsul de la Tarraconense, le invitase a venir con él a la patria y M. Fabio aceptó con gusto tal invitación, viendo sobre el año 60 su país natal.

¿En qué se ocupó durante estos años? Sabemos que ejerció el cargo de abogado y hasta es posible que se dedicase a la enseñanza bien en su propia ciudad o en Tarraco capital de la Tarraconense y que en su interés docente abriese escuelas de gramática y retórica.

Lo cierto es que su fama fué en aumento y cuando en el 68 —fecha citada— las legiones nombran a Galba emperador, Quintiliano es llevado a Roma donde presenciara el trágico final de Galba y ocupara el primer puesto entre los oradores que poblaban el foro. Ya Quintiliano no volverá a pisar su tierra natal y tras de recoger en esos ocho años el aplauso que le prodigó, la figura del retórico se universaliza en la ciudad imperial.

Fué por entonces, entre otras, su famosa defensa de la reina Berenice y el comienzo de su labor como profesor de retórica, de modo que el foro y las clases ocupan su vida logrando convertirse en el mejor profesor del imperio, como en el foro el primer abogado.

Nos interesa su larga labor de magisterio, más de veinte años, del 68 al 90. Es el maestro oficial de la aristocracia romana; a sus clases acuden los hijos de los grandes personajes y sus enseñanzas forman la inteligencia de los continuadores de la alta cultura y hasta de futuros emperadores como Adriano.

Hemos citado cómo Vespasiano declara oficial y retribuida su enseñanza, siendo Quintiliano el primer profesor del Imperio y cómo Domiciano inaugura una época feliz con su afición a la oratoria. Ello y la fama del riojano le traen los mayores honores. Es encargado de la educación de los sobrinos del déspota y a instancias del padre de los alumnos, le concede Domiciano al «ornamenta consularia», distinción máxima entre los romanos.

Sin embargo el «adinerado» y feliz riojano, sufre desde ahora duros golpes del destino que amargan los últimos días de su bien labrada felicidad.

Son desgracias íntimas con cuyos lamentos nos sorprende en el libro VI con la ternura y afecto de esposo y padre; muere su esposa casi una niña, había contraído nupcias con ella hacia el 83 cuando tenía quince años y muere a los diecinueve dejándole dos hijos que también perecen poco después. Discutible y mucho es que llegase a contraer un segundo matrimonio, de ocurrir, fué muy próximo a su viudedad y en ese caso suya sería la hija a quien luego dotó Plinio al casarse con N. Celer en gratitud hacia su venerado maestro.

Su vejez la consagra al estudio y confección de las Instituciones, obra de madurez, trabajo en el que invirtió unos tres años.

No sabemos tampoco fijar estas fechas con exactitud, pues mientras unos consideran que debió escribirla a partir del 88, otros lo retrasan hasta el 93, la terminación en el 95 y la publicación en el 96, el año de la muerte de Domiciano.

Ofrece el 96 el mayor número de probabilidades, pues los múltiples elogios que dirige al emperador no habrían sido bien recibidos en épocas posteriores.

La dedica a M. Marcelo Victorio, para su hijo Geta: «El cual trabajo te lo dedico, Marcelo Victorio, por juzgarte digno de este don y prenda de nuestra amistad recíproca, no sólo a la estrecha que hay entre los dos y al encendido amor que tienes a las letras (motivos que por sí sólo bastaban) sino porque estos libros me parecen muy del caso para la instrucción de tu hijo, cuyos primeros años dan claro indicio de que ha de lucir su ingenio» (1),

También la quería para la educación de su propio hijo que la muerte le arrebató cuando mayores ilusiones había puesto en él: «Porque experimentando segunda vez el duro golpe de la orfandad, me vi privado del hijo que me quedaba, de quien no solamente había concebido las mayores esperanzas, sino que él era la única de mi vejez» (2).

Por último describía su obra para toda la juventud y para sus encumbrados discípulos.

Todos reclamaban un libro de semejante interés y muy espe-

(1) Proemio, pág. 2.

(2) L. VI. Proemio, pág. 302.

cialmente el librero Trifón que la esperaba con impaciencia, pero Quintiliano, siguiendo los preceptos de Horacio, había dilatado la publicación: « Pero si es tan deseada su publicación como me aseguras, salga enhorabuena al público, y deseemos que tenga buena ventura, pues confío que por tu cuidado y diligencia llegue a sus manos muy enmendada ».

Y salieron al público las Instituciones oratorias del riojano Marco Fabio. Sin embargo, la corrupción de la época era aún mayor quizá de lo que Quintiliano creía y pronto la magna personalidad del rétor y su misma obra caen en olvido. Suetonio, S. Jerónimo, Casiodoro... aún nos hablan de él, pero, prácticamente desaparece en un olvido de siglos sobre todo a partir del VII. Ciertamente que su obra circuló a través de la Edad Media en manuscritos y extractos a veces muy imperfectos, y sin darle la importancia merecida.

En 1397, el humanista francés Nicolás Clemangis descubrió su manuscrito íntegro. Pero un segundo hallazgo fué la base de la revalorización justa del retórico. En 1416, Poggio Bracciolini que asistía al concilio de Constanza, encontró casualmente dos ejemplares íntegros de las Instituciones. El Renacimiento eleva la figura de Quintiliano y se multiplican las ediciones y trabajos en torno al rétor. Los humanistas le apreciaron tanto como al mismo Cicerón; se puso como libro de texto en algunos centros de enseñanza e influye mucho en la misma pedagogía de los siglos XV y XVI.

Se traduce a todos los idiomas y se le comenta con entusiasmo durante cuatro siglos de admiración en que la juventud bebe las doctrinas del riojano.

Pero en el siglo XVIII la decadencia de la retórica y su retirada como disciplina especial repercute en el aprecio a Quintiliano. Y ya no ha vuelto a gozar de la plenitud con que lo hizo en sus días y en los siglos XV al XVIII. Sin embargo, hemos de reconocer que Quintiliano se estudia y que en pedagogía ocupa un lugar preferente en todas las épocas porque lo merece por sus aciertos pedagógicos, por su elevado ideal del hombre y por su fe en la eficacia de la educación.

Dolc, siguiendo a Radermacher, agrupa tres familias de códices: Del siglo XI: El Ambrosianus (que es el mejor), Bambergensis, Florentinus y Turicensis.

Del siglo X y XII hay otra familia de códices, los cuales son: Harleianus, Berneusis, el Salmantinus que está en la universidad de Salamanca.

Del siglo XV: El Parisinus, Vaticanus, Gothanus, Escorialensis.

Tenemos por tanto, en España, abundantes códices de Quintiliano: En la Real Biblioteca del Escorial hay tres, y también en la Biblioteca Nacional de Madrid y en las universidades de Valencia y Salamanca.

Como ediciones de las Instituciones Oratorias, recordemos la edición príncipe de 1470 en Roma por Felipe Lignámine, y en 1567 la edita también en Italia Horacio Toscanella. Asimismo José Comino reimprime en Padua la edición de Burmann (poniendo el «*Dialogus de Oratoribus*» en lugar de las declamaciones) con permiso y privilegio del Senado.

En francés la de Ouzille; la magnífica traducción de Gedoy y, sobre todo, la edición de Rollín en 1782 que le hizo famoso.

En castellano la de 1799 y la de 1887. *Yo he utilizado la de los Padres Escolapios Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier (Madrid 1916). Biblioteca Clásica, tomos 103 y 104.*

Citemos también la de 1470 por Han; la de 1693 de Gibson; 1720 por Burmann, ayudado por otra anterior de Olrecht; alemanas de Bosler y Baur...

Son muy manejadas las de Dosson—París 1911—y la de Nisard: «*Quintilien et Plime le Jeune*». Oeuvres complètes avec la traduction en français, publiées sous direction de M. Nisard. París 1844.

Quintiliano es estudiado en todos sus aspectos como indica la siguiente bibliografía, pequeña idea de la labor realizada en torno al riojano y su época.

Galindo P., Estudios latinos: Quintiliano, Lucrecio, Prudencio. Zaragoza 1926.

Rufino Blanco. Quintiliano y sus doctrinas pedagógicas.

Bryan. Studies in the Psychology of Quintilian. 1932.

D'Agostino. Moderinta di concetti Psicologici in Quintiliano (en Arch Ital di Psicologie). 1930.

Bassi. Quintiliano. Roma 1929.

Cucheval. Histoire de l'élocuence romaine. París 1893.

Barbagallo. Lo stato et l'istrusione pública nell'Ymperio Romano. Catania 1911.

P. Florez. España Sagrada. Madrid 1781.

D. Clausen. Quaestiones Quintilianae. 1873.

Staender. » » Bonn 1865.

Morawik. » » Posmania 1874.

Müller. » » Berlín 1892.

- D. Teichert. *De fontibus Quint Rhetor.* Brunswik 1884.
- E. Bonnel. *Lexicon Quint et indices cedit spalding* (1789-1816).
- E. Hummel. *Quint vita* (Gotinga 1843).
- Raddiger. *Prolusio de Quintiliano pedagogo* (Leipzig 1891).
- C. Pilz. *Quintilianus, ein Lehrerleben ausderröm. Kaiserzeit* 1863.
- Frotscher. *Observationes criticae in Quintilianum*, Halle 1900.
- C. Ritter. *Die Quintilian Deklamationem. Untersuchungen über Art und Herkuist.* Friburgo 1881.
- Messer. *Quintilian als Didaktiker und sem Einfluss auff die didakt Theorie des Humanismus* (1897).
- Nebrija, Antonio de. *De artis rhetoricae compendiosa coaptatione ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano.* Madrid 1529.
- J. M. Hofer. *Die Stellung des D. Erasmus und J. L. Vives su Pädagogik Quintilianus.* 1910.
- H. Dodwell. *Anales Quintiliani o Vita M. Favii Quintiliani per anales disposita.* (Está acoplada a la edición de Burmann Leyden 1708).
- Loth. *Die pädagogischen Gedanken des « Institutio oratoria »* 1898.
- Gwinn. *Roman education from Cicero to Quintilian.*
- H. A. Strong. *Quintilian. A Study in Ancient and Modern Methods of Education*, en el Hibbert Journal 1912.
- M. Pelayo. *Historia de las ideas estéticas en España.* Madrid 1949 (c. s. i. c.).
- Blanco y Sánchez. *Bibliografía pedagógica.*
- P. Cipriano Suárez. *De arte rhetorica libri tres ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano praecipue deprompti.* Valladolid 1565.
- Gerini. *La doctrine pedagogiche di Cicerone, Séneca, Quintiliano, Plinio il Giovine.*
- Bandrillart. *L'education en Rome.*
- Naudet. *Memoire sur l'instruction publique chez les anciens et particulieremen, chez les Romains*
- Dolc Miguel. *M. Fabio Quintiliano. Institución Oratoria. Libro Décimo.* Barcelona 1947.